

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 204.—SÁBADO 22 DE ENERO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA DE TEATROS.

Cuando empezó el año cómico nos lamentamos de que los dos principales compañías de verso no presentasen en su organización un cuadro completo; pero confiábamos en que los dos actores que las dirigen harían grandes esfuerzos para suplir la falta que advertíamos en el personal de ellas. No nos hemos equivocado: ambos directores continúan dando pruebas de su amor al arte; ambos han puesto en escena obras de mérito y son muy acreedores al favor que el público les dispensa.

En el teatro del PRÍNCIPE se ha representado una comedia traducida del francés, titulada *Sullivan*, de argumento sencillo y escrita únicamente para que un primer actor pueda lucir sus facultades.

Un rico comerciante de Londres, cuya hija está enamorada de un actor célebre, procura combatir esta pasión, y para ello cree el medio más expedito, llamar al actor y ofrecerle grandes cantidades proponiéndole que abandone la escena y deje la corte. Sullivan, que es el nombre del actor, rechaza la proposición y promete no aspirar á la mano de Lelia.

Asiste á una comedia que da el viejo comerciante, y Sullivan procura hacerse odioso á los ojos de su amada, bebiendo, jugando y presentándose delante de ella en un estado completo de embriaguez, hasta conseguir que Lelia mande á sus criados que le acompañen hasta su carruaje.

Pero el comerciante ha juzgado al actor según la mala reputación de que otros gozaban: no sabe que Sullivan es un hombre de nobles sentimientos, y que cumplirá su palabra á costa de su misma honra. El mismo oye oculto una escena en que el actor aconseja á Lelia que obedezca ciegamente á su padre, que respete su voluntad, y dá estos consejos luchando con su corazón, pero esclavo de una palabra empeñada.

El padre conoce entonces al hombre honrado á quien quería alejar de su hija, y abrazándole estrechamente, le dá la mano de Lelia.

La comedia, como ya hemos dicho, no tiene un gran argumento, pero está escrita con mucha delicadeza.

La ejecución por parte de Julian Romea, da á esta obra mayor importancia que la que en sí tiene. Este distinguido actor obtuvo un gran triunfo, y en medio de la representación fué llamado á la escena.

La ejecución con respecto á los demás actores fué también muy esmerada, distinguiéndose la señora Palma, y los señores Romea (D. Florencio), Guzman y Pizarroso. La escena estuvo servida con mucho lujo.

En *VARIEDADES* se han representado desde nuestra última revista dos comedias originales: una ti-

tulada *Celos de una alma noble*, de D. Juan de la Rosa Gonzalez, y la segunda *Verdades amargas*, de D. Luis de Egulaz.

La primera tiene algunas escenas muy delicadas y está muy bien escrita. Figura en esta comedia como primer personaje una mujer de nobles sentimientos que descubre las infidelidades de su esposo, y sin apelar á medios violentos y ahogando su justa indignación, reconviene con sentidas palabras á su rival, y esta cae á sus plantas y la pide que la perdone. Después exige de esta que acuda á una cita que el esposo la da, y presentándose entonces la olvidada esposa, reconviene también á aquel por su injusto proceder. Habiendo habido perdón para una, debe haberlo naturalmente para el otro, y aquí concluye la comedia, reconciliándose ambos.

La ejecución fué bastante buena, si bien Arjona estaba encargado de un papel de galán joven que no le pertenecía, y en el que hizo inútiles esfuerzos para salir airoso.

La comedia titulada *Verdades amargas* ha tenido un éxito brillante, y desde la conclusión del acto segundo fué el autor llamado á la escena. Esta comedia no tiene un gran argumento, ni grandes situaciones tampoco. El autor se ha propuesto presentar un cuadro de actualidad. La ambición de un joven que se lanza en la carrera política, y que desvanecido con su fortuna mira con indiferencia al hombre que le había prestado su apoyo, olvida á la mujer que ama, y solo piensa en satisfacer su ambición. Este hombre, contrariado mas tarde por la suerte, se encuentra vendido por el amigo en quien mas confiaba, y cae del poder sin tener una mano amiga que acuda á defenderle. Pero no; no le faltará una: el mismo hombre que tanto hizo por él y á quien miró con indiferencia, continúa como siempre, honrado y consecuente; y la mujer olvidada está también á su lado para consolarle en sus infortunios.

El pensamiento de la obra es sumamente moral, y en el diálogo hay también rasgos bellísimos de moralidad y de sentimiento. Estos rasgos y una excelente versificación son los que sostienen la obra y proporcionaron al joven autor muchos aplausos.

La ejecución fué sumamente esmerada por parte de Teodora Lamadrid, Arjona, Calvo y Osorio. Arjona estaba encargado de un papel importante y exclusivamente suyo, y fué interrumpido repetidas veces por los bravos y palmadas.

El público acude con interés al PRÍNCIPE y *VARIEDADES*, y ambos coliseos están muy concurridos. Las comedias *Sullivan* y *Verdades amargas* les están dando grandes utilidades.

Ni uno ni otro teatro se duermen sobre sus laureles.

En el PRÍNCIPE se está ya ensayando el drama *Ricardo III* que ha tenido en París mas de cien representaciones. El señor Romea está encargado del importante papel de Ricardo, y esta producción se pondrá

en escena con gran aparato, estrenándose tres decoraciones.

En *VARIEDADES* se dispone también otra comedia que ha conseguido en París igual número de representaciones que la anterior. Se titula *La Pastora de los Alpes*. El papel de la protagonista está confiado á Teodora Lamadrid, y Arjona está encargado del de un viejo veterano, papel muy interesante. Esta comedia se pondrá en escena con gran aparato, estrenándose dos decoraciones que representan dos bellísimas vistas de los Alpes.

Las dos empresas se afanan por complacer al público, y el público gana siempre con esta noble competencia.

El apreciable escritor conocido con el seudónimo de Fernan Caballero, nos remite para su publicación la siguiente carta, respuesta á la crítica de su novela *Clemencia* que en la misma forma publicó el señor Barrantes en el primer número de *LA ILUSTRACION* de este año. Sin que en esta polémica pongamos nosotros nuestro voto de ninguna de las dos partes, aconsejamos, sin embargo, á Fernan Caballero, que no se deje arrastrar de impresiones del momento, y pese en su buen criterio como debe las razones en que el señor Barrantes se fundaba.

RESPUESTA DE FERNAN CABALLERO

al Sr. D. Vicente Barrantes.

Acabo de leer la crítica de mi novela *Clemencia*, que me dirige V. en una carta impresa en *LA ILUSTRACION*. Agradezco el detenimiento con que se ha ocupado V. de esta obra, á la que ha dado una magnitud que no tiene, para adaptarla al lecho de procusto de su crítica.

Empieza V. por decirme cosas tan bellas, que después de haber leído las que le siguen, no sé si atribuirías á ironía; si lo son, haré como D. Galo, no las graduaré tales, por tal de tener el placer de agradecerlas como finezas; si son sinceras,

serán debidas á que miró V. las mias con su bella mirada, y habló de ellas con su hermoso lenguaje de poeta, que es suave, indulgente y simpático; si son oro, con que engalana la amargura de su severa crítica, me será una grata compensación que agradezco: es V. pues un contrario que asesta sus tiros con el dardo de oro de que hablan los poetas, que curaba tocándolas suavemente las heridas que él mismo había hecho.

V. cree otro mi nombre y hasta otro mi sexo; es una de las muchas desventajas de la publicidad que el que da una obra á luz haya de ser llamado á las tablas, lo que es una



D. Antonio Gil y Zárate.



D. Manuel de Seijas Lozano.



cruidad hacia aquel que no puede ó no quiere salir á ellas.

Empezaré por decir á V. que soy un enemigo débil, muy fácil de hacer huir, si no de vencer: no tengo armas para pelear, esto es, que carezco del saber, de la fuerza y del ánimo necesario para luchar; así es que solo diré á V. sencillamente en lo que me parece que va V. errando en sus acriminaciones ó injusto en sus condenas, y si mis razones no le hacen fuerza, nos saludaremos como dos contrarios que se aprecian y se respetan, y seguiremos cada cual la opuesta senda que nuestras convicciones nos señalen.

No es Fernán filósofo, señor, y mucho menos sistemático, pues en la alta esfera en que bebe sus aspiraciones no hay sistemas, solo hay luz y verdad. Pero si se empeña V. en darle calificación, que sea la de moralista religioso.

Hay en otros países una clase de literatura amena, que se propone por objeto inocular buenas ideas en la juventud contemporánea; he echado menos una cosa análoga en nuestro país, y he querido, bien que mal, llenar este vacío. Es claro que si solo hubiese escrito para literatos ilustrados y gentes instruidas, muchas cosas habría dejado de decir por sabidas: entre estas es una la de las oraciones por los difuntos, disertación que no le parece á V. digna de mí, aunque mejor dicho estaría que un cuadrado de costumbres no era digno de ella.

Mi instintiva y natural tendencia es espiritualizar el sentir que las novelas modernas han materializado tan escandalosamente. Bajo este hermoso punto de vista admiro y simpatizo con el señor marqués de Valdegamas, que con tan seguro pié camina por su alta senda, sin tener yo la necia y enfática presunción de hacerme su servil imitador, como V. afirma. El espiritualismo, como el humo del incienso, suele elevarse tanto, que llega á desvanecerse mas ó menos pronto, según los ojos que le miran; no trataré de defenderlo ni erigirme en su paladín en el siglo del positivismo: ¿cómo probar que existe un perfume á los que no lo quieren aspirar?

He repetido varias veces que no escribo novelas, puesto que la tendencia de mis obritas es combatir lo novelesco, sutil veneno en la buena y llana senda de la vida real. Esto es hacer una innovación dando un giro nuevo á la apasionada novela, trayéndola á la sencilla senda del deber y de la naturalidad, innovación que no dejaría de ser un adelanto, si plumas mas diestras que la mía la ejecutasen, en vista de que dice Dumas que los adelantos humanos caminan de lo compuesto á lo sencillo, porque en lo sencillo está la perfección; así es que *Clemencia*, que V. no cree muger, que califica de egoísta refinada, de filósofa á medias, que no ama ni aborrece, es sencillamente una muger virtuosa.

Una señora de mucho talento ha calificado á mi protagonista de un modo distinto á V., diciendo de ella que es el ideal femenino traído á la realidad. Si pongo este juicio en parangón al de V., no es por amor propio, sino porque grado que cada cual es mejor juzgado por sus pares, y *Clemencia* debe serlo con mas acierto por una muger que por un hombre.

Es muy cierto que *Clemencia* no es una muger apasionada; ese tipo no me simpatiza, y es poco apetecido en la vida real por el hombre en la joven que ama y quiere hacer su muger. Llega á amar *Clemencia* á un hombre seductor que tiene en su favor las ventajas exteriores que cautivan y deslumbran; pero *Clemencia*, alma delicada y finisimamente culta, no tarda en hallar el vacío de la naturaleza escéptica y gastada de su amante; la sondea con angustia, y el exámen profundo que hace, le convence que no vibra ya una sola cuerda en aquella alma vacía; ni la naturaleza, ni la amistad, ni el amor patrio, ni el de la familia, ni la religión, ni la caridad, ni aun el mismo amor que le demuestra perfuma aquel agostado Eden. ¿Por qué pues dice V. burlescamente que se separa de sir George, tan solo porque le repugna un asqueroso pobre? ¿Por qué pasa V. por alto todo lo demás que acabo de mencionar y que tan patente está en el libro? Esto no puede menos de probar que no la ha leído V. con el detenimiento que lo han hecho otros distinguidos literatos, á quienes simpatizó mas el tipo que he pintado. Además hay otras causas que deciden á *Clemencia* á cortar unas relaciones que no pueden brindarle sino decepciones, sufrimientos y humillaciones. Sir George no pide unirse á ella como se pide un favor como se ansia por la felicidad de la vida; no echaría de menos por cierto la *cadena eterna* del matrimonio, de que se burla: lo que hace, al ver que no le queda otro medio para alcanzar sus fines, es resignarse al sacrificio y ofrecer su mano, sus millones y el título de lady á *Clemencia*, como haciéndole un favor. Creo haber pintado en *Clemencia* una muger bastante llena de su dignidad, para no admitir una mano que de esta manera se le ofrece: sufre y vacila, hasta que sir George le da el golpe de gracia con una carta inmotivada, modelo de dureza, de orgullo y de insolencia, que hiere de muerte el corazón tierno y delicado de *Clemencia* y ofende su dignidad, mucho mas austera y severa en las mugeres modestas que en las heroínas apasionadas y novelescas. La reacción que sufren sus sentimientos, le hace como ampararse de aquel noble amigo que con tan delicada ternura y tanto desprendimiento la ama desde ocho años: la comparación que hace entre estos dos hombres, la lleva á apreciar á su primo en todo su valor, y en consecuencia lo ama; ahí está cabalmente la alta moralidad de la obra, moralidad que siento no haya V. encontrado en ella, pues me lisonjeo que en ese caso la habría apreciado: la moralidad es esta. La razón no debe solamente dirigir las acciones de una muger, sino que debe influir poderosamente en sus sentimientos; la muger debe amar lo bueno y lo bello, y la debe desviar y enfriar lo malo y lo pervertido; la muger debe tener en perfecto acuerdo su corazón y sus ideas, porque no se hace bello ni interesante el corazón por sus ciegos estremos y locas emancipaciones, sino por su impresionabilidad á lo bueno, á lo noble y á lo generoso; esto es alta moralidad ó yo me equivoco mucho, y esto es lo que V. llama filosofía?

¿y filosofía materialista de instintos torpes? Yo llamaría pasión torpe la de una muger que después de conocer á fondo á un hombre como sir George le siguiese amando. V. me dice que ponga la mano sobre mi corazón para pintar los giros y sentimientos de las pasiones: es este un mal consejo, como lo sería el que diese V. á un pintor de tomarse á sí mismo por modelo de los personajes que pintase; si lo hiciese, no habría variedad en los tipos de sus cuadros, y si yo lo hubiese hecho, no contrastarían *Clemencia* y Constancia, esto es, la muger apasionada, enérgica y reconcentrada, y la muger amante, suave, dócil y expansiva.

V. es de opinion que después de haber cortado *Clemencia* con tanto decoro sus relaciones con sir George, debería haberlo visto; esto habría sido mas romanesco y dramático, es cierto; pero como *Clemencia* era una muger sencilla, modesta y digna, no quiso promover escenas que son por lo regular indecorosas y desagradables; era religiosa, y pensó, no con Corneille, que brillaría su virtud resistiendo á asaltos, sino que pensó con la doctrina cristiana, que mas vale precaver el peligro que retarlo: V. me confesará que es esto mas lógico en el suave carácter de *Clemencia*, y mas propio en el espíritu apacible del libro.

He pintado á Pablo poco aventajado en dotes exteriores, no porque yo piense, como V. dice (y supongo que será irónicamente), que los hombres de bien suelen ser vulgares en la forma, sino por razones que hacían necesarias la composición del asunto y el espíritu de la obra, cosas ambas que son fáciles de comprender y largas de explicar.

Acaba V. por preguntarme si estoy satisfecho de *Clemencia*; le responderé, que como pintura de una heroína romanesca, no; como novela, no; como libro bien escrito mucho menos; pero como personificación de la muger cumplida en todos estados, como la entienden Dios y los hombres, sí.

Me avergüenzo de ocupar tanto tiempo la atención de V. y la del público, hablando de *Clemencia* y de los diálogos; me parece esto presunción y egoísmo, pero debo á mi conciencia de autor el rechazar una clase de crítica que sacude los cimientos de mis obras, trastorna la consecuencia de mi lógica y enturbia las fuentes de vida de mi existencia literaria, crítica que podía estraviar la opinion sobre la moralidad de mis escritos y hacerme perder el modesto éxito de aprecio, el solo que he tenido y el solo á que aspiro; bien sé que no quiere V. hacerme este daño personalmente, y por eso toca suavemente con el dardo de oro la herida que hace; pero el des crédito lo quiere V. echar sobre las ideas y sobre los principios, y yo después de haberlos presentado como hijos legítimos de la verdad, no los abandonaré como bastardos, sino que presentaré su filiación y probaré su legitimidad (1).

Me pregunta V. hablando de los diálogos, por qué no los dejé en la sencilla condicion de cuadros de costumbres, sin darle un objeto moral que califica de errado. Yo habia creído que todas las opiniones de los hombres estaban contesadas en la universal creencia que espresa el antiguo, rancio, católico refrán español de que cosa cumplida no podíamos esperarla sino en la otra vida; y estaba muy lejos de pensar que esta santa y consoladora idea, madre de la conformidad que hace ligero el tránsito por este valle de lágrimas, pudiese parecer á nadie un título Volteriano.

Si hubiese V. parado un poco mas su atención en el final del cuadro del bañal, no habria creído que la protección del cielo estaba personificada por la marquesa; es justamente lo opuesto, pues personifica la protección de los hombres. Recuerde V. estas palabras: Vos sois el destino de esta familia, dijo el conde.—No digais eso, no digais eso, exclamó la marquesa poniendo su abanico de nácar sobre los labios de su anciano amigo, me asustais; no soy sino el debil instrumento de que se sirve la Providencia para sus altos y adorables fines. ¿Qué fue en los débiles esfuerzos humanos contra el orden de cosas que rige por disposición superior al mundo? y la catástrofe viene á probar el aserto de la marquesa.—Ahora bien, el orden de cosas que rige al mundo es esta alternativa de bienes y males, verdad que prueba la catástrofe referida. No obstante V. saca por consecuencia de lo dicho, que la protección del cielo no basta para evitar las contingencias de un andamio, y gradua por lo tanto mis diálogos de impíos y mas que impíos. Cuando uno toma sobre sí la ardua tarea de crítico ante el público, creo que lo primero que debe hacer es leer bien y enterarse á fondo de la obra sobre la que va á dar su fallo. Y si esta obra no vale la pena de hacerlo, dejarla en el limbo de olvido. Eso de la virtud premiada y el vicio castigado es una moral de párvulos, que esparcida en el gran círculo de acción de la vida del hombre, solo serviría para crear decepciones y desterrar la santa resignación. Tan cierto estoy de mi inculpabilidad en el extraño cargo que me hace, como lo estaba la desgraciada María Antoinette del que le hicieron en el tribunal revolucionario de haber pervertido su propio hijo; y así como ella por toda respuesta apeló á los corazones de madres, yo por toda respuesta apelo á las almas cristianas.

No caigo en cuáles sean mis violentas diatribas contra los pensadores modernos, diatribas que, según V. dice, desentonan mis cuadros hasta el punto de inspirar lástima. Si todas mis diatribas son como la muestra que V. da y que yo escribia en momentos en que á pesar de la prohibición del Santo Padre, se traducían é imprimían aquí con mas furor que nunca las obras de los socialistas franceses, ó de los pensadores modernos como V. dice, y que es la siguiente:

«Dios santo, ¿dónde querrán llevarnos los enemigos de la religión y de todo lo existente, que empezando por los filósofos del siglo XVIII, pasando por Marat, Robespierre y Prudhon, tremolan el rojo pendón?» Francamente, señor, ¿le parece á V. que la persona que ha dicho esa frase esté en un estado de demencia, de frenesí ó de necesidad tal, que merezca lástima?—Compare V. su lástima á mi diatriba, y dígame cuál es la mas acerba y despreciativa, y eso que lo que yo he dicho es una generalidad abstracta, y lo que V. dice es una personalidad directa.

Para extrañar que no hayan hallado otros críticos un fondo filosófico errado y una nueva escuela que parezca resuel-

(1) Como en punto á principios morales y cristianos creo que tiene mas peso y mas autoridad la opinion de un padre de familia ilustrado que la crítica literaria, transcribo á continuación el juicio que formaba de mis escritos un correspondiente del *Heraldo*, y que este insertó en su número del 29 de mayo de 1850.

«Treinta años hace que no habia leído una novela, y miraba con cierta preocupación y disgusto los folletines de los periódicos que han tenido la debilidad de traducir muchas de las que el buen cura y la oficioso ama del famoso hidalgo manchego habrian con sobrada razon arrojado presurosos al corral. Pero *El Heraldo* me hizo caer en la tentación de leer á *Lágrimas*, y aseguro á VV. que no solo he pasado ratos deliciosos con tan buena producción, sino que á mi familia ha sucedido otro tanto, y hace dias que tengo encargado me compren varios ejemplares de las obras de Fernán Caballero para que se propaguen las máximas cristianas, morales y políticas que con tal abundancia y criterio se hallan en *Lágrimas*.—Siga el buen novelista tan hermosa carrera, seguro de hallar el aprecio que sus trabajos merecen entre los padres de familia y todos los hombres tímidos.»

tamente adoptar, es necesario haber probado con mas lógica y mejores razones que V. lo hace, que existe esa filosofía errada, y calificar esa nueva escuela, pues nos quedamos en duda de si es impía, filósofa, materialista ó herética.

No es filosofía añeja y vulgar, como V. dice, anatematizar los vicios y malas tendencias, que es lo que hago yo, y no *anatematizar todo lo presente y hablar de Dios con énfasis*, como V. pretende. Desde que hay moralistas y satíricos, han hecho eso mismo, y los novelistas tienen algo de ambos géneros. En el tiempo del gran rey y gran despoja Luis XIV, se representó en la católica Francia *Tartufe*; pero en tiempo de libertad y tolerancia se desprecia á punto de tenerle lástima al que se atreve á formular una exclamación como lo que usted ha calificado de violenta diatriba. Esto haría poner los gritos en el cielo á los que, como yo, piensan en Alemania, Inglaterra, Francia y Bélgica, pues allá se critican las opiniones, pero no á las personas por temerlas. Aquí no, aquí doblamos la cerviz y no nos atrevemos á devolver ataque por ataque, porque en parte alguna tenemos en la prensa enemigos mas acerbos, mas despreciativos y mas intolerantes que en España. Harto mas precavido y generoso me parece á mí que es el atacar los vicios de la actualidad que *viven y reman*, que no ensangrentarse y cebarse en los de otras épocas, perseguidos, vencidos y muertos. Aplicaré á V. con esta ocasión tambien un verso de un clásico francés.

Avancere sans peril il n'y á point de gloire.

Es tal el respeto con que V. mira la filosofía cristiana por superior á sus cortos alcances, que le lleva á creer imperfectas casi todas las obras de ingenio que tienden á propagarla. No señor, no es superior la filosofía cristiana á los alcances de V., puesto que es semejante á la luz que llena el orbe y entra en nuestras moradas por humildes que sean. Los novelistas, sobre todo los de allende, deben tener la misma convicción de V., y ante V. la razón por lo que las novelas han caído en tal descrédito, que habrá V. visto quizá á su padre ó á su madre prohibirle á su hermana esa lectura. Esto no tienen que temer las mías, y es esto una dulce compensación á la falta de aplausos que quizá habria podido adquirir adulando las tendencias del día, pues, como dice V. muy bien, cuánto una venerable antigüedad en las letras, y una sola voz se ha levantado en la prensa periodística, dispensadora de la publicación para acoger, digamos así, este paria en el gremio ó hermandad de los escritores, hasta que apareció *Clemencia*. Esta voz, que era de una persona simpática pero desconocida á mí, era autorizada y poderosa, y aunque aislada bastó para animarme á perseverar, y esto quiero consignarlo como deuda de agradecido y no como queja de rechazado.

Conliese V. francamente que no ha considerado mis obritas bajo el punto de vista que se las presenté, y espero que no será tan severo con ellas. Sea V. tolerante como se precia de serlo todo hombre liberal é ilustrado, y deje á mis ideas *antitales* su rincón al sol de Dios en la palestra que con tanta arrogancia tienen invadida las actuales, que para todos hay lugar en ella, si no hemos de circunscribir los horizontes del pensar y del sentir. Acuérdesse V. que Bernardino de Saint-Pierre, que tenia ideas avanzadas y era filósofo, pero que tambien tenia un corazón sin hiel y sin hostilidad, decia hablando de María Talbot, su ama de llaves: Es una pobre muger que me ha alumbrado sobre las vias de la Providencia; habia puesto ella en Dios la misma confianza que yo en los hombres, y nunca vi un alma mas tranquila en una situación mas desgraciada. Su ejemplo me ha sido mas útil que el de nuestros pretendidos sabios, y sus palabras tan sencillas me han enseñado mas que todos los libros de los filósofos.

Habria deseado que la crítica de V. hubiese recaído sobre los muchos y reales defectos de las mencionadas obritas, para que sometiéndome y acatando las opiniones de un literato tan distinguido y de un poeta de tanto mérito, viese cuán lejos estoy del necio amor propio que rechaza toda crítica y desdenea todo consejo; pero V. ha venido á herirme en el solo flanco en que me creia invulnerable, y esto, señor, no podia yo dejarlo pasar sin vindicarme, y sin demostrar una culpable indiferencia por mi reputación literaria.

EL LOCO DE SAN SERVOLO.

NOVELA.

(Continuacion.)

El día en que ingresé en la escuela pública de pintura, experimenté una de esas alegrías que nunca se olvidan; hice progresos bastante rápidos. Sin embargo, á medida que adelantaba me satisfacía a menos la escuela ginebrina. Admiraba el arte de formar los grupos, la corrección del dibujo, la expresión; pero los objetos parecían permanecer siempre en una media tinta un poco tibia. Colores calientes, vivos, no corrían sobre aquellas líneas de severa belleza. Veía yo aquella media luz en la naturaleza lo mismo que en el arte; en vano pedía yo á nuestro horizonte, cargado con frecuencia de nubes, las llamas de los climas meridionales: ante nuestro espléndido lago, parecían subir hasta el Ser Supremo, pensaba en la Italia como en una patria distante; mi corazón se lanzaba por encima de los Alpes, sentía yo que solo el rayo de la luz podia enseñar el colorido de los Ticianos y Veroneses. Si á mi madre le hubiera sido fácil leer lo que pasaba en mi corazón, es indudable que en su abnegación maternal tan sublime, me hubiera mandado marcharme. Yo no me pertrepecaba á mí mismo: debía permanecer á su lado, y ocultarla trabajosamente un deseo que de día en día era mas ardiente.

Perdí á mi madre! Mi desesperación fué terrible. Cuando recibí un poco de tranquilidad y eché una mirada en derredor, acabó de ser insoportable mi residencia en Ginebra. Resolví llevar á cabo un proyecto formado en dias mas felices. Tenia á la sazón ya el talento suficiente para no morir de hambre; algunos retratos proveyeron á mis gastos de viaje. Robert se hallaba en Roma entonces, y me dirigí á él al instante; mi nombre no le era desconocido; me acogió bondadosamente, y me admitió en su taller: yo tenia el consentimiento de todo lo que me faltaba aprender, y él me dirigí y

animó con sus consejos; me facilitó algunos de esos secretos que los maestros arrancan a la naturaleza, y fui de todos sus discípulos el que más se aproximó a su estilo. Cuando envié a la exposición de París en 1834 mi cuadro de *L'Infiornata de Genzano*, en el que no puse mi firma, varios periódicos me hicieron el honor de atribuirse a Leopoldo. Ahí mis ensueños de gloria no se habían elevado nunca tanto.

Roberto salió de Roma antes que yo. No le volví a ver. ¡Pobre Roberto! A él también debía matarle el amor! Después de cuatro años de estudio y trabajos salí de la ciudad eterna, recorri los Apeninos y los Abruzzos, Nápoles y la Toscana. No le fastidiaré a V. refiriéndole mis viajes y mis emociones de artista; abreviaré todo lo posible esta narración, que será sin embargo bastante larga.

Hace un año, el 7 de mayo de 1839, llegué a Génova con intención de pasar allí un mes ó dos. Al día siguiente daban un baile en el palacio de Serra. No me faltaban cartas de recomendación dadas por mis amigos de Florencia y de Roma; además, ya sabe V. con qué facilidad se introducen los estranajeros en la sociedad italiana; así es que no me costó trabajo obtener una escuela de convite para asistir al baile. El hermoso palacio de Serra, una de las obras maestras de Galeazzo Alessi, el primer arquitecto de Génova, estaba iluminado con profusión, como en un día de gala; en aquella sala, celebrada por el entusiasmo de Dupatés, que la llama un poco enfáticamente el palacio del sol; en aquella sala que ha devorado temerosamente los espejos de Venecia, las puertas incrustadas de zafiro, los espejos de Venecia, las puertas incrustadas de zafiro, las columnas y las paredes en que el oro oculta el marmol, reflejaban torrentes de luz. Las flores, amontonadas en jardinerías de formas caprichosas, embalsamaban la atmósfera con tibios perfumes. Me creía transportado a Roma, a una de aquellas fiestas espléndidas del hospitalario palacio Torlonia, cuyos honores hacen el príncipe y la princesa con tanta gracia y donosura. Había allí ligurias tan bellas como las romanas, y algunas de las antiguas familias de Duxes, los Dorias, los Spinolas, los Durazzos, nombres que hicieron el orgullo de la república, y que hoy no tienen mas grandeza que la que les dan los recuerdos. Los vales y los rigodones cesaron un momento, y un silencio profundo me anunció que iban a cantar. Una joven se acercó al piano; tendría a lo sumo veinte años; su hermosa cabellera castaña caía sobre sus hombros en largos tirabuzones, según será moda aun quizás, y rodeaban sus mejillas de una blancura agradable, ligeramente rosadas. Aquella cabeza hermosa resplandecía con el rayo celestial de candor que Rafael hace brillar en las de sus madonnas. Tenía en todos sus movimientos una gracia, una negligencia encantadora, propia de las mugeres del Norte. Cantó el gran trozo de la Norma, *Casto diva*, que, según dicen, constituye el triunfo de la Giulia Grisi. Su voz, pura y vibrante, despertaba los ecos mas profundos de mi corazón. Cuando la tempestad de aplausos cesó para que las conversaciones volvieran a seguir su curso, me aproximé al marqués de P..., que me había presentado en el palacio de Serra, y le pregunté el nombre de la hermosa cantora, manifestándole mi estraneza al hallar aquel género de hermosura en Italia, porque su acento romano puro no me permitía suponer que hubiera nacido fuera de la península.

—Es la principina, me dijo, la Eleona Cerano, que se ha casado con el príncipe de Castel-San-Sevinio; ha nacido en Génova, y veo con gusto que la primera en que ha fijado su atención, entre todas esas mugeres que provienen de diferentes provincias de Italia, ha sido una genovesa. Sin embargo, no le ha faltado a V. razon al decir que hallaba en ella algo de extranjero. La condesa Zerano, su madre, fué llevada a Roma por la devota señora de N... que cuidó de su educación. Un misterio profundo rodea su nacimiento; muchos suponen que corre por sus venas sangre de príncipe (hablo de príncipe soberano, porque entre nosotros aquel título solo pierde un poco de su valor), y aun sangre real. Lo que hay de cierto es que desde su casamiento, el conde de Cerano, que ya no existe, ha estado desempeñando el cargo de ministro plenipotenciario del rey de Cerdeña en la corte de... hasta que ha muerto un personaje ilustre. Vea V. ahora una coincidencia singular: el príncipe de Castel-San-Sevinio ha oído hablar de V., y se ha empeñado en que retrate a V. a su muger; acaba de decirme; esto le proporcionará a V. una ocasión magnífica de admirar a la princesa de cerca. Y sin esperar mi respuesta me arrastró hacia la princesa, que atravesaba el salon apoyada en el brazo del sabio marqués de Negro.

El marqués de P... me presenta a ella pronunciando mi nombre.

—Me han dicho, caballero, que piensa V. pasar algun tiempo en Génova. Es menester ser artista como V. y tener mas afición a vivir entre las obras maestras de la antigüedad que entre los hombres del día, para decidirse a hacer aquí una residencia prolongada. Confío sin embargo en que irá V. algunas veces a mi casa. Siempre será V. muy bien venido en Cerano.

Y la princesa estaba ya muy lejos, y yo permanecía inmóvil, clavado en el mismo sitio, fascinado por aquella voz de un timbre tan sonoro y dulce a la par, que prestaba un encanto singular a las frases usuales de buena educación. Me presentaron también al príncipe, que jugaba en el salon pintado por Semino, y me hizo la misma invitación que su esposa. Seguramente me hubiera visto perplejo para explicar el motivo, pero es lo cierto que al ver a aquel hombre que me recibió por supuesto con una finura exquisita, un odio instintivo agitó mi corazón. Pidió como un favor que retratara yo a la princesa. Un secreto instinto me aconsejaba que me negara a ello; pero no sé cómo mis labios habían pronunciado ya el sí.

—Solo aprecio, me dijo, la escuela francesa. Los franceses son los únicos hoy en día que comprenden las artes.

—Permitidme, príncipe, que os tache de injus o hacia vuestros compatriotas. Si hablar de otras ciudades, Roma posee todavía artistas de verdadero talento: Finelli y Tenerani, por ejemplo, en la escultura; Carnucini, Polesi, Bassi, en la pintura; y aun hay muchos que me sería fácil citar. El fuego sagrado de las artes, sin brillar con un resplandor tan vivo como en otras épocas de nuestra historia, no debe apagarse nunca entre los italianos.

—Vamos, ya veo que me trata V. como a un hombre localmente enanecido con la superioridad de su país. A Dios gracias, me hago superior a esas preocupaciones.

El marqués de P... volvió a reunirse conmigo, y me habló del príncipe de Castel-San-Sevinio.

—Don Ferrante Corelli, príncipe de Castel-San-Sevinio y conde de Termini en Calabria, duque de Marinella en los Estados Pontificios, y le hago a V. gracia de otros ventitres principados, ducados ó marquesados, es uno de los magnates mas opulentos de Italia. En la edad media sus mayores se contaban entre los feudatarios mas poderosos y temibles de la santa sede y del reino de Nápoles. Esta casa ha dado muchos cardenales; pero nunca se ha querido concederle un papa, por miedo de aumentar su influencia, lo cual pudiera ser peligroso.

Volviendo al príncipe, es lo que llaman los españoles un afrancesado, y afecta todas las maneras francesas. Adorador de las democracias pasadas y venideras, criticando al poder con una libertad que honra la paciencia ó el descuido de los soberanos indígenas de la península, lleva complacientemente en su traje la placa de San Fernando, al lado de la cinta verde de San Mauricio. Intenta pasar por hombre de talento, porque en Italia está Voltaire de moda entre las clases elevadas, sin duda por espíritu de oposicion al gobierno. A pesar de su empeño, se trasluce que no es mas que un napolitano, en sus manos de coral, cuando se pone la corbata. El adepto de Diderot y del baron de Holbach cree en la mala suerte. ¿Queréis saber por qué os ha acogido tan bien? Porque acababa de perder al juego una suma considerable: os habeis acercado a él, y vuestra llegada ha cambiado la suerte en su favor. No os riáis: sois para el príncipe un hombre simpático.

Empezó el baile: a los rigodones franceses y al vals alemán, sucedieron las montferrinas y otros bailes nacionales. Pidieron una tarantela a la princesa, y se negó por mucho tiempo; pero una palabra del príncipe no la permitió dudar, y se lanzó viva y ligera al son de la pandereta. En este baile de la voluptuosidad y del amor, ostentaba un pudor y una majestad verdaderamente real: se conocía desde luego que aquella muger solo podía respirar en una atmósfera de pureza. Hay un momento en que la bailarina, después de haber sido solicitada en vano durante largo espacio, se arroja anhelante y ebria a los pies del vencedor: sus ojos entonces reflejaban un relámpago de fiereza; no suplicaba, al contrario, mandaba como reina....

En todo el círculo que la rodeaba resonaron aplausos y bravos. Una nube de fuego pasó delante de mis ojos y me abrasó la frente. Aquella muger acababa de robarme el corazón; la pertenecía desde entonces absolutamente. Muchas niegan una pasión que nace de una mirada; pero una sola emanación de ese fluido misterioso no puede hacer veces de largos coloquios y de amorosas citas, a despecho de los obstáculos que opone el mundo? Hay mugeres cuya frente, lo mismo que el alabastro, deja brillar el alma que vela en el interior. Para amar, se necesitan diez años ó una hora.

La princesa y su esposo dejaron, durante la primavera, su palacio de la Strada-Nuova, por el palacio *Cerano alle Pescchiere* en la Acquasola, cerca del teatro del *Dia*. Fui a verles al siguiente día después de la siesta, pero no encontré mas que al príncipe.

—Mi querido pintor, me dijo, os esperaba para que diérais principio al retrato de la princesa, que la mayor parte del día ha estado dispuesta al efecto: hace poco que ha salido a ver la estatua de Cristóbal Colon, que el marqués de Fareggiano coloca en su villa. ¿Cómo es que vos, siendo francés (por tal me tenian a causa de mi idioma), teneis miedo de atravesar el sol de mediodía? ¿Tratais por ventura de desmentir nuestro antiguo proverbio?

Yo procuré escusarme.

—Ea, volved mañana mas temprano, si queréis que la princesa os perdone.

En seguida me hizo recorrer el palacio. Examiné sucesivamente las mesas de mosaico de Florencia, los vasos etruscos, las copas de pórfiro antiguo, las estatuas, los cuadros mas ó menos apócrifos de los grandes maestros, objetos todos contenidos en un riguroso catálogo, ordenados simétricamente y numerados con el mayor escrupulo para satisfacción de los viajeros. Nada me perdonó el orgullo del propietario, y terminada aquella revista, quiso enseñarme, en el gabinete de su esposa, una *Virgen en la Gloria*, obra de Garófalo. ¡Con qué emoción le seguí a aquel santuario, que era ya uno de los ensueños de mi ardiente fantasía! Una luz medio velada se deslizaba pudicamente entre los pliegues del cortinaje de seda azul; un mullido tapiz de Smirna ahogaba el ruido de las pisadas y ocultaba las baldosas de mármol; la sencillez elegante y severa de aquella habitación formaba un contraste con el lujo fastuoso que reinaba en las demás; sobre un estante pequeño de palo de rosa estaban colocados algunos volúmenes encuadernados en tafete negro, ó en cuero de Rusia; entre ellos estaban *El cancionero de Petrarca*, *El Dante*, *Las armas de Miguel Angel* y de *Vittoria Colonna*, el *Specchio della penitencia*, de *Passavanti*, tan familiar a las mugeres italianas; un reclinatorio de caoba, esculpido de un estilo tan rico como el de las sillas de caña de la abadía del Monte-Cassino ocupa uno de los ángulos; algunas partituras de ópera y de música sagrada, lápices, dibujos empezados, y un bordado en un bastidor pequeño, cubrian un hermoso piano de Erard, conducido a costa de inmensos gastos desde París; encima de la chimenea, algunas flores extrañas salian de una figura de porcelana de Sevres, y esparcian un olor suave y agradable que estaba en armonía con aquella claridad débil y misteriosa. Veía yo en todo una revelacion de su vida; una porcion de ella permanecía adherida a cada uno de aquellos objetos que en cualquier sitio me hubieran sido indiferentes. Me agradaba aquella afición a las flores extranjeras, a los perfumes suaves, que no había encontrado aun en ninguna italiana. No me atreví a fijar la vista en un lecho cerrado con cortinas de damasco blanco, y casto como el de una doncella. La *virgen* de Garófalo era una copia bastante mala de la que hay en el Capitolio, pero para ocultar mi emoción y aspirar mas tiempo aquella atmósfera que me embriagaba, afecté que miraba con atención todos los pormenores del cuadro....

Al volver a la sala hallamos a la princesa. Vestida con un traje sencillito, me pareció cuasi mas hermosa que con el suntuoso traje de baile. Me recibió con la misma dignidad dulce y bondadosa. La conversacion se animó con un tono tan familiar como si hubiera hecho largo tiempo que los conociéramos. Hay mas etiqueta en casa de un banquero de la

Chausée-d'Autin en París, que en los palacios de los príncipes cuyos ascendientes se remontan hasta los señores independientes de las ciudades de Italia en la edad media. Se trató de diferentes cosas. Cristóbal Colon y la quinta del marqués de Fareggiano nos movieron naturalmente a hablar de las glorias de Italia. La princesa se envanecía con ellas; el recuerdo de los antiguos hechos de sus compatriotas la hacian confiar en un porvenir mas halagüeño. La gustaba hacer resonar al oído de un extranjero los nombres venerandos del Petrarca, del Dante, de Giotto, que fueron en Europa las primeras luces de la poesía y del arte. Se expresó sobre la pintura como una persona a quien le faltan naturalmente las nociones adquiridas por el estudio y el trabajo, pero que tiene un gusto puro y un entusiasmo recto y justo. Protestó contra la moda actual que desdeña los lienzos sublimes de los maestros lombardos, florentinos y romanos, por el materialismo de la escuela holandesa, por aquellas escenas de bebedores, aquellos interiores de cocina, aquellas representaciones de la naturaleza vulgar, en que no se halla ninguna leccion moral, ningun objeto de meditacion. En ella, el amor patrio era un verdadero culto, pero un culto desprovisto de supersticion y de exclusivismo.

(Continuará.)

D. MANUEL DE SEIJAS LOZANO.—D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

Nos proponemos continuar la coleccion de retratos de todas las personas que gozan de nombradía en España y en el extranjero, coleccion que venimos formando desde la aparicion de nuestro periódico. Hoy presentamos el retrato de D. Manuel de Seijas Lozano, jurisconsulto distinguido, escritor apreciable y orador, que ha ocupado, después de pasar por otros puestos notables, el de consejero de la corona; tambien damos el de D. Antonio Gil y Zárate, aplaudido poeta dramático, bien conocido en toda España, que por desgracia parece haber abandonado las letras para consagrarse a la carrera de la administracion, en la cual ha llegado a desempeñar la subsecretaría del ministerio de Comercio, Instrucción y Obras públicas, y últimamente ha sido nombrado consejero real.

RELACION Y ALBUM PINTORESCO

DE LA LLEGADA, PERMANENCIA Y SALIDA

de los Sres. Duques de Montpensier en Galicia.

Uno de los escritores que retirado en un rincón de provincia da mas señales de actividad, imprimiendo grato movimiento a la prensa, es el señor D. Antonio Neira de Mosquera: reciente está aun la publicacion de las *Monografías de Santiago*, obra que valió a su autor el ser nombrado académico correspondiente de la Historia, y una real orden en la que S. M. se dignó darle las gracias por haber destinado su producto al hospicio de aquella ciudad. No hace mucho que el ayuntamiento acordó reimprimir el folleto del mismo autor, titulado: *Fiestas del Apostol Santiago en 1508*, para distribuirlo todos los años entre las autoridades y personas notables.

Después se ha ocupado el señor Neira de unos interesantes *Estudios sobre la instruccion pública en España*, y ahora acabamos de recibir la obra que, en union con D. Narciso Zepeleño y con el título que va a la cabeza de estas líneas, ha dado a luz el señor Neira.

Los autores del libro que nos ocupa se han propuesto escribir una narracion de los festejos públicos con que han sido recibidos los señores duques de Montpensier en su tránsito por Galicia, que aspire a vida mas larga que los artículos de los periódicos y que los programas oficiales, y han conseguido su objeto, presentando una obra que habrá de consultar todo el que se ocupe de la historia del país gallego, y que reunirá a la bondad de la forma y la belleza del estilo, el interés de un repertorio de descripciones y datos históricos, sumamente curiosos.

No queremos cerrar estos renglones sin hablar de la edicion, que es del mayor lujo, tal como no creimos que pudiera hacerse en Santiago; el papel y los tipos son excelentes, las láminas, si no muy correctas en el dibujo, muy bien litografiadas: todos los trabajos de tipografía y litografía han sido hechos en el establecimiento del señor Rey Romero, y le honran sobremedura.

La virtud es el único fruto digno de la ciencia. Aristipo decía, que aunque se suprimieran todas las leyes, no por eso mudaría el filósofo su modo de vivir. Sin el conocimiento de nosotros mismos la ciencia no es mas que una grande y peligrosa ilusion.

Por un acontecimiento imprevisto, se ha inutilizado la lámina que representa la colocacion de la primera piedra para la obra del hospital de la Princesa, y que debiamos dar en este número; pero lo verificaremos en el próximo.

CORRESPONDENCIA.

Abrumados por una cantidad fabulosa de artículos, y sobre todo de versos remitidos, cuyos autores nos escriben una vez y otra pidiéndonos respuesta, y exigiendo esplicaciones que no podemos dar por falta de tiempo, nos vemos en la precision de repetir lo que en diferentes ocasiones hemos dicho, que todo el que remite un escrito para cualquiera de nuestras publicaciones, se entiende que renuncia a la devolucion y a toda reclamacion en el caso de que no se inserte.

Los ruegos repetidos de un amigo nuestro nos obligan a insertar la siguiente carta: A F. C.—El poeta a quien V. ha dirigido su amable carta, acepta con reconocimiento y orgullo la amistad que le ofrece. Desea saber cómo se llama V., dónde vive y cuando podría verla. Siendo bastante conocido en Madrid, bastará que V. escriba su nombre entero en el sobre de su respuesta.

JUAN PRADIER.

El hábil escultor Mr. Pradier fué arrebatado á las artes y á sus amigos el día 14 de junio del año próximo pasado: succumbió de resultas de un ataque de apoplejía. Había ido de paseo á Bougival con su hija, varios íntimos amigos y sus dos discípulos Lequesne y Guillaume. Disfrutaba con delicia los placeres del campo, y hablaba de ellos con el entusiasmo de un artista, cuando de pronto se sintió indispuerto, y á los pocos instantes cayó privado de sentido. Trasladado á casa de Mr. Forcade, fué al momento asistido por muchos facultativos: llegó asimismo el doctor Cloquet, pero Pradier estaba herido de muerte: ya no volvió en sí, y espiró aquel mismo día á la edad de sesenta años.

Mr. Pradier nació en Génova en 1794: llegó muy joven á Francia y entró en el taller del escultor Lemot: pronto demostró las mas felices disposiciones y obtuvo una pensión en cualidad de estímulo. En 1813 alcanzó el gran premio de Roma, permaneció cinco años en esta ciudad, tan rica en colecciones preciosas para el estudio de la escultura, y envió á París muchas obras notables. Consiguió una medalla de oro en 1819, fué nombrado miembro del Instituto en 1827, y en 1829 oficial de la legión de honor. Dotado de una gran facilidad de ejecución, ha dejado muchísimas obras, de las que solo citaremos las principales: *Una bacante y un centauro; Un hijo de Niobe, atravesado por flechas; Una Psiquis y Una Venus* en mármol griego, procedente de una columna del templo de Venus de Veies; *Prometeo y Fidias*, y un grupo de las *Tres Gracias* para Versalles.

Además de los recuerdos tomados de las poéticas imágenes de la Grecia, ejecutó un número inmenso de encargos: *San Pedro* para la iglesia de San Sulpicio; *San Andres y San Agustin* para la de San Roque; un bajo relieve para el arco de triunfo del Carrousel; *El duque de Angulema despidiendo á los enviados de las cortes de Cádiz*; un grupo de mármol, de siete pies, representando *El duque de Berry moribundo, en los brazos de la religion*; cuatro *Famas* de diez y ocho pies para los tímpanos del arco de triunfo de la barrera de la Estrella; *La ciudad de Strasburgo*, para la plaza de la Concordia; *Las musas de la comedia seria y jocosa*, para la fuente de Molière; las figuras del reloj y de la fachada del palacio de Luxemburgo; doce *Victorias* colosales para el sepulcro del emperador.

Débase asimismo á su cincel muchos bustos y estatuas de personajes célebres; entre estas obras sobresale la que Génova ha consagrado á la memoria de su compatriota J. J. Rousseau, y que se halla colocada en la isla que sirve de apoyo á los puentes del Ródano. Al paso que prodiga Pradier sus estatuas en las plazas públicas, en los monumentos y en los museos, su fecundidad inagotable daba al comercio otras obras mas pequeñas, pero de un atractivo irresistible, que popularizaban su talento. Sus últimas producciones en este género fueron: *Phrynia*, la *Poesía erótica*, *Nysia*, la *Primavera* y *El retrete de Atalanta*. La *Safo*, espuesta el año último, termina la serie de sus estatuas de mármol: entre ellas deben citarse tambien las de *Anacreonte y el Amor*, *La Sabiduría rechazando á Cupido*, y *Pandora y Medea*.

Con sus aspiraciones hácia lo bello y lo ideal, Mr. Pradier mereció haber nacido hace dos mil años en la Grecia. Su muerte ha sido una pérdida sensible, no solo para los discípulos aventajados que se formaban con sus consejos, sino para la misma estatuaria. No existe hoy ciertamente el entusiasmo que inspira el sentimiento de la armonía severa, pero Mr. Pradier obligaba á sus contemporáneos á que se ocupasen de un arte cuya grandeza no conciben.

Se consideraba como griego á ese adorador ferviente, pero no ortodoxo, de un arte destronado, y por eso se ha dicho con una especie de presentimiento, al ver que van desapareciendo los asuntos mitológicos, «que Pradier era el último pagano.»

PEREGRINACIONES,

ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUMOUTE.

CAPÍTULO VI.

Mi hermano de armas.—Las pantorrillas de Abd-el-Kader.—Nueva injusticia.—Me disgusto del servicio.—El hospital y el paquete.—Me embarco fraudulentamente.—Vuelta á Francia.—El pañon del carbon.—Los pasajeros.—El mayoral de diligencia.—Recobro mi libertad.

Confieso que exasperado por la indignacion estuve refunfuñando toda la noche, pues me pesaba en el corazon el puntapié que habia recibido en los riñones. No comprendia

mente en aquel cuya madre habia cuidado de mí cuando vine al mundo, en aquel que me habia hecho soldado introduciéndome en el regimiento. En efecto, elegí á mi amo Juan por hermano de armas.

Hicimos prodigios de valor, y empeñados al anochecer en persecucion de una partida de árabes, nos encontramos de pronto lejos de los nuestros. Los árabes proseguian huyendo, creyendo ver á todo un regimiento á sus alcances, sin conocer que solo eran perseguidos por dos franceses, á saber, por un soldado y un perro. La prudencia con todo nos aconsejaba que volviésemos atrás, pues los árabes podian volver caras ó arrastrarnos á una emboscada. Así lo comprendió Juan, pues dejó huir al enemigo y se volvió á paso acelerado hácia el grueso del ejército. Debo decir, en honor suyo, que no me abandonó: escitado por mi ardor, me habia adelantado á él, pero me llamó y volvió al instante á su lado.

De pronto se presentó á nuestro frente un jinete árabe: su alboroz estaba cubierto de polvo y manchado de pólvora, y le seguian otros dos beduinos. Sin pronunciar una sola palabra amartilla su pistola y apunta á mí amo, quien por su parte dirige tambien la boca del cañon de su fusil hácia él, aunque solo por inspirarle miedo... Juan no tenia ya cartuchos. ¿Qué hacer? ¿Cómo salvar á mi protector? El jinete árabe va á poner el dedo sobre el gatillo, y amo y perro estan á punto de perecer... No, que allí estoy yo: aquel es un combate de perro á perro, y un perro vale tanto como otro.

Doy un salto y muerdo en la mano al jinete, que suelta al punto la pistola. Juan, que no se duerme, la coge del suelo y apunta al árabe; este no espera la salida del tiro y huye á todo escape, pero yo nunca suelto una presa sin asegurar otra mejor. Habia abandonado la mano del jinete para apoderarme de una de sus pantorrillas, y se la mordía desesperadamente, decidido á quedarme con el pedazo. En vano me llamaba mi amo, yo nada oia y apretaba los dientes; por último, caí hácia atrás, pero sin abandonar la partida, pues tenia en la boca... un pedazo del botin de cuero de Abd-el-Kader. Sí, del mismo Abd-el-Kader, pues supe aquel mismo día que él era el héroe con quien habia combatido.

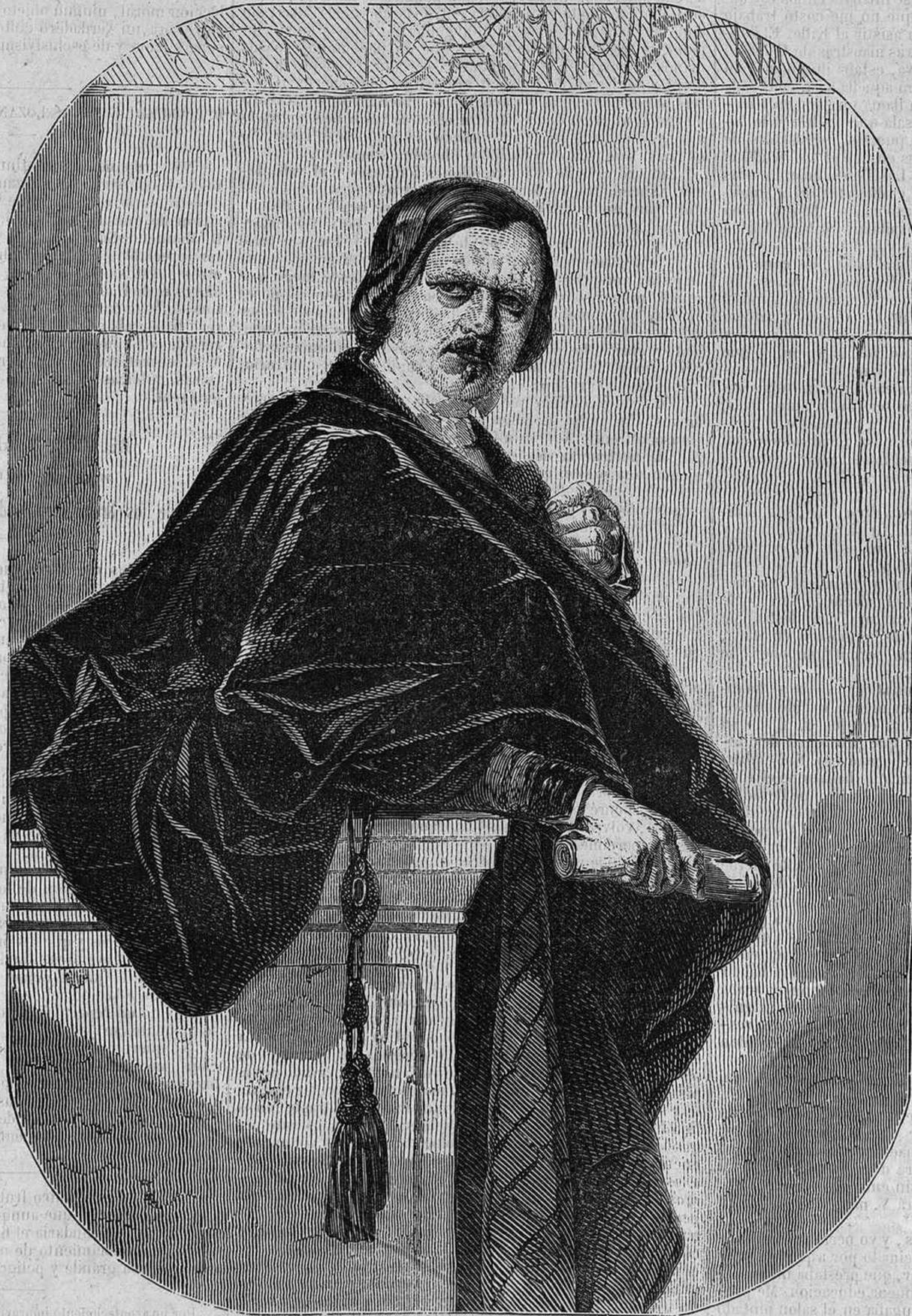
Al volver hácia mi amo, of un tiro, y le vi caer. Uno de los beduinos que acompañaban á Abd-el-Kader, habia hecho fuego: al mismo tiempo aparecieron varios soldados franceses y llevaron á mi amo al hospital de sangre. Aunque herido, no quiso dejar la pistola del jefe árabe: por mi parte conservé todo el día en la boca su botin de cuero, como un trofeo de mi victoria.

Aquella fué una hazaña notable. Pues bien, ¿se creará lo que voy á decir? Juan fué nombrado en la órden del día; todos elogiaron su conducta y se le propuso para la cruz, al paso que nadie se acordó de mí! ¡Oh! Estaba verdaderamente indignado.

—¡Cuán injustos son los hombres! gruñí con amargura: ni aun me miran, porque soy un perro, y sin embargo he hecho mas que todos los generales, mas que todos los soldados del ejército, pues he sujetado á Abd-el-Kader por la pantorrilla. ¿Quién puede vanagloriarse de haber hecho otro tanto?

Las consecuencias de tanta injusticia; de tamaña ingratitud, fueron hacerme odioso el servicio. Empecé pues á discurrir los medios de abandonar la carrera militar, y no tardaron en presentármese. Mi amo se hallaba gravemente herido, y en el hospital de sangre no se le podia curar como convenia, por lo cual declaró el mayor, que si se queria salvar á un soldado que se habia conducido con tanta bizarría, era necesario enviarlo al hospital de Argel.

En efecto lo llevaron allí, y fui yo tambien en su compañía: esto no obstante, la permanencia en el hospital no tentaba en manera alguna mi aficion, y por consiguiente determiné perderme antes de entrar en él. Confieso asimismo que, en el momento de separarme de mi amo, no esperé el menor pesar, pues por el contrario, me alegré de que aquel que me habia robado mi gloria (pues todos los encomios eran para su valor) se quedase en el hospital, mientras yo recobrabá mi libertad. Dominaba á mi corazon un profundo sentimiento de envidia.



Juan Pradier.

por qué me habian maltratado al avisar la llegada del enemigo; pero supe al día siguiente la causa de que mis ladridos estuviesen á punto de trastornar el plan general, que consistia en dejar paso franco al enemigo, á fin de cercarlo. Esto fué en efecto lo que sucedió: al amanecer vimos la llanura llena de árabes, y desde las alturas en que nos hallábamos, caimos sobre ellos por todas partes. Al punto se empeñó la accion, y á pesar de mi propósito de no mezclarme en nada, no pude contenerme y acompañé al 42 al combate. Sin embargo, como se me pagaba para que obrase con arreglo á ajenas inspiraciones, resolví adherirme especialmente, durante la batalla, á un soldado de la compañía, y no separarme de él, contentándome con hacer lo que él hiciese. De este modo podia yo aun prestar servicios, sin atraer sobre mis pobres riñones ninguna especie de responsabilidad. A menos de aparecer como un ingrato, debía recaer mi eleccion natural-

nar la carrera militar, y no tardaron en presentármese. Mi amo se hallaba gravemente herido, y en el hospital de sangre no se le podia curar como convenia, por lo cual declaró el mayor, que si se queria salvar á un soldado que se habia conducido con tanta bizarría, era necesario enviarlo al hospital de Argel.

En efecto lo llevaron allí, y fui yo tambien en su compañía: esto no obstante, la permanencia en el hospital no tentaba en manera alguna mi aficion, y por consiguiente determiné perderme antes de entrar en él. Confieso asimismo que, en el momento de separarme de mi amo, no esperé el menor pesar, pues por el contrario, me alegré de que aquel que me habia robado mi gloria (pues todos los encomios eran para su valor) se quedase en el hospital, mientras yo recobrabá mi libertad. Dominaba á mi corazon un profundo sentimiento de envidia.

EL INVIERNO.



El invierno con su acompañamiento.



—Querido mío: necesito un sombrero, un abrigo, un vestido de invierno para casa y otro para salir, un manto y una capa; lo demás ya me lo comprarás mas tarde.



Diversas maneras de recibir leña.



Fuego en casa de una señora, cuyo pudor se ha rebelado á la idea de que entraran los albañiles en su alcoba á limpiar la chimenea.



Consecuencias de la obesidad del albañil, encargado de quitar el hollin del cañon de la chimenea.



—Cartero: esto tiene trazas de ser un billete de convite para un baile; yo no admito semejantes papeles para mis inquilinos, porque hacen trasnochar á los porteros.



—Ea, ya empiezan esos endiablados bailes; si se les pusiese en la cabeza á los porteros ir tambien á las sociedades, ¿quién abriría á los inquilinos?



—Quiere esta señorita hacerme el obsequio de valsar conmigo.
—Caballero, mi niña es muy jóven todavía para valsar.
—Está bien, señora, yo volveré.



—Te aseguré, querida, que este no puede llamarse mal tiempo en la estacion presente.

Ejecuté lo mismo que me había propuesto; al tiempo de entrar con mi amo en el hospital, desaparecí corriendo á la ventura. La casualidad sin duda me condujo al muelle, en donde vi una plancha de tablas, que daba paso hasta un bote, y por la cual pasaban varios hombres; yo les imité. El bote se separó de tierra poco después y se arrimó á un buque de vapor, al cual subieron los pasajeros, sin que á nadie le ocurriese rechazarme. Al punto levamos anclas y oí que el capitán mandaba hacer rumbo para Francia.

Iba pues á volver á mi patria, donde, merced á mi talento y á cierto aire marcial que me sentaba muy bien, no podía menos de tener buena suerte y de crearme en la sociedad una posición agradable.

Pero esta posición, este porvenir brillante que soñaba, eran todavía muy precarios, pues mientras no desembarcase en Francia debía abrigar justos temores. Podían reparar en mí, y preguntar qué amo tenía, y en este caso, ¿habría entre los pasajeros alguno de alma bastante caritativa para reclamarme? Este era el motivo de mis inquietudes, porque no me hacía ilusiones respecto á mi suerte, en caso de que me faltase el apoyo de algún pasajero. Desde el rincón en que me había acurrucado para no ser visto, dirigía mis miradas hacia el mar, presintiendo que tal vez él sería mi sepultura.

Como estos pensamientos nada tenían de agradables, me vi precisado á obrar con la mayor prudencia. Permanecí hasta la noche encogido detrás de los equipajes, y en medio de la oscuridad me arrastré al entrepuente, y desde allí fui deslizándome hacia la sala: por fortuna encontré el pañón del carbon de piedra, y aquel sitio negro y sombrío me pareció á propósito para ocultarme, por lo que me introduje en él, resuelto á no abandonarlo durante la travesía. El primer día me incomodó mucho el olor del combustible y el polvo que levantaban los maquinistas cuando iban á buscarlo; pero todo lo llevé con paciencia, pensando que aquella situación, por mala que me pareciese, siempre era mejor que una zambullida en el mar. Aprovechaba las noches para salir de mi escondite á respirar un aire más puro, y para buscar por el barco mi alimento: de este modo hice la travesía de Argel á Tolon.

Reconoci, por el movimiento que se operó á bordo, que íbamos á desembarcar, por lo que, abandonando mi retiro, me presenté con descaro sobre cubierta. Ya nada temía, pues había llegado al término del viaje, y aunque me arrojasen al agua, estaba seguro de llegar á tierra nadando. Aparecí pues de pronto, como he dicho, sobre el puente, y á fin de que alguno se hiciese cargo de mí para desembarcarme, empecé á acariciar á los pasajeros y á los marineros. ¡Ah! mis monedas tuvieron muy mal resultado, pues todos dieron en esclamar al verme:

—¡Qué horror! ¿Qué diablos de perro es este? ¿De dónde ha salido?

Yo no entendía lo que significaban aquellas exclamaciones, por no estar acostumbrado á ellas, pues siempre habían dicho de mí: ¡Qué hermoso perro! ¡Qué animal tan guapo!

No concebía pues semejante mudanza, y por lo mismo empecé á examíname desde el pecho hasta las patas, á fin de buscar en mi individuo la causa accidental de tan malos cumplimientos. ¡Ah! No bien me mire, cuando me asaltó la tentación de esclamar también: ¡Qué horror! ¿De dónde ha salido tan espantoso perro?

Me hallaba cubierto de color negro, y mi hermosa mezcla de café con leche había desaparecido bajo una espesa capa de carbon. Francamente hablando, me parecía á un perro de carbonero, y cualquiera debe conocer que, con semejante traje, debía ser muy difícil que algún pasajero me tomara en brazos para desembarcarme. Renuncié pues á los pasajeros y me arrimé á un grumete casi tan negro como yo. Entre gente que gasta pocos cumplimientos es fácil entenderse, y esto es lo que aconteció allí, por lo que gracias al grumete, puse las patas en territorio francés. Jamás he olvidado, en mi larga carrera, el servicio que me prestó en circunstancias tan comprometidas. Llegó mi gratitud hasta el extremo de intentar limpiarle la cara, lo cual hubiera sido imposible de todo punto; pero reflexioné que yo necesitaba para mí lo que quería dar á otro, y también me acordé de que la caridad bien ordenada empieza por sí mismo.

Traté pues de mudar de color, cavilando acerca de mi suerte futura, y como no era decente aviarme en medio de las calles de Tolon, me dirigí á una puerta grande que divisé cerca de donde me hallaba. Allí me sacudí completamente, lamiéndome después con tal ardor, que en cualquiera parte me hubiera conquistado los mayores elogios. Estas operaciones me ocuparon de modo que no atendí á otra cosa, mas no tardé en examinar el paraje en que me encontraba, y vi que era un gran patio, lleno á la sazón de gente, de baules, de carruajes y de caballos. Eran las mensajerías reales.

—¡Vamos, señores, los que van á París, gritó el mayoral embutiendo á los viajeros en un inmenso cajón, que llamaban diligencia, no sé por qué. Yo miraba á los que subían al carruaje, racionando así.

Es imposible; se van á ahogar ahí adentro.

Pero de pronto me ocurrió subir también al coche, de cualquier modo, y de viajar hasta París como los demás. Acudí pues á los estribos y de todos me echaron á patadas. Alejábame ya lleno de rabia, cuando sentí que me cogían por el pescuezo y me levantaban hasta la altura de un hombre. El mayoral me había agarrado, y presentándome á las portezuelas del carruaje preguntaba:

—¿De quién es este carlin? ¿Quién reclama este animalejo? No habéis todos á un tiempo: á la una... á las dos... á las tres. Nadie lo quiere y yo me lo adjudico: será perro de mayoral.

Y diciendo y haciendo me arrojó al imperial de la diligencia, adonde llegué medio atontado, para caer sobre un montón de maletas y de fardos. No me quejé sin embargo, porque me veía en camino de París.

¿Qué diré de mi viaje? Conquisté la voluntad de mi amo el mayoral, quien se complacía al oírme ladrar á todo trapo cuando el coche atravesaba por las poblaciones, declarando que yo poseía felices disposiciones, que era gruñón, y tan malo como un burro... en una palabra, un verdadero perro de mayoral.

—¡Oh! lo conservaré mucho tiempo, decía, porque en dos ó tres viajes se formará del todo.

Pero mi amo echaba la cuenta sin la huésped, pues mi

ambición era mayor que sus propósitos. ¡Perro de mayoral!... ¡Bah! Para eso no había abandonado el servicio, y me propuse burlar las esperanzas de mi amo, en cuanto llegásemos á París. Así lo hice en el patio de las mensajerías, pues aprovechando el instante en que todos los viajeros bajaban del coche y reclamaban sus equipajes, tomé las de Villadiego á paso de carga, y no me detuve hasta llegar á una plaza grande, en cuyo centro se eleva un monumento, y á la cual oí dar el nombre de plaza de la Bolsa. Allí sacudí la cabeza á derecha é izquierda en señal de victoria, y me proclamé perro libre, por mi albedrío y únicamente por la fuerza de mi voluntad.

RECUERDOS DE VIAJE.

A MI AMIGO

D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

(Continuación.)

Morfontaine.—El parque y el palacio.—Ermenonville.—Sepulcro de J. J. Rousseau.—Mr. Emilio de Girardin.—Chantilly.—El palacio y los jardines.—Enghien y Montmorency.

Tenia el tercero uno de esos caracteres formados espresamente para hacer las delicias de los muchos que cuenta en el número de sus amigos. Amable hasta el extremo, complaciente por inclinación, y cortés cual el que mas, jamás salía de sus labios una espresion que pudiera ofender la susceptibilidad ajena mas esquisita; no conociendo el no, siempre se hallaba dispuesto á secundar el menor deseo que se manifestaba, y el contemplar una incomodidad cualquiera en derredor suyo le causaba un verdadero pesar. Por lo demás, no se cuidaba mucho de lo que en sí encerraba cuanto veía, siéndole completamente indiferente el que andáramos á pasos lentos por entre aquellas sombras de los que fueron un tiempo, como recorrer los tortuosos corredores de algún palacio encantado. Ver era su único objeto: haber visto su única intención. Genio feliz, cuya raza va perdiéndose, ó acaso sea él el último representante en este siglo egoísta.

Respecto al cuarto... ¿qué le importa al lector saber los gustos é inclinaciones del que estas líneas escribe?

Desde Saint-Denis hasta Morfontaine, primer punto de nuestra expedición, el camino nada ofrece de particular, y aun hasta cierto punto puede decirse que es árido y desamparado: por otra parte la cultura de los campos que rodean la gran calzada estaba en aquella época medianamente abandonada, no viéndose en ellos ese cuidado esquisito, ni esas labores agrícolas que en algunos puntos de Francia se han llevado á la mayor perfección. A medida que nos alejábamos de París disminuía también ese movimiento de población que anuncia la aproximación de los grandes centros industriales y manufactureros; y solo de trecho en trecho se veía alguna quinta en no muy floreciente estado, ó algún pueblo que mas bien podía tomarse por una aldea, sin objeto alguno que pudiera por un momento fijar la atención del viajero.

Morfontaine es una de esas aldeas insignificantes, que á no ser por la casa de campo que posee á su entrada, ni aun se conservaría en la memoria. Cuatro ó cinco calles tortuosas y mal empedradas, y una posada figon, donde apenas se encuentra que comer, y un vino detestable por bebida, no es ciertamente un punto digno de mencionarse; pero afortunadamente para él, la quinta que acabamos de indicar tiene en la actualidad honores de palacio, y ha ascendido al alto grado de monumento histórico desde la época del consulado de Napoleón Bonaparte.

Aquella casa, palacio ó quinta, no ofrece tampoco en su aspecto nada de notable. Precédela una verja, y hallase colocada en medio de un *parterre* ó jardín, donde vegetan algunas plantas que se mecen blandamente al impulso del viento; tristes por la soledad que las rodea, parecen ansiar con vivos deseos la mirada de los que por pura curiosidad atraviesan sus andenes para visitar el edificio que hermean. Este es mezquino, y es cierto que rehusaría la comparación por su mezquindad si se le pusiera al lado de otros mil que sirven hoy de recreo y de solaz á los, en aquel tiempo, magnates y favorecidos de la suerte y de la corte, vivificada por los rayos ardientes del sol de julio de 1830. Cuatro gradas entre las cuales crece libremente el musgo, que no marchitan frecuentes pisadas, conducen al peristilo y demás habitaciones que le siguen, las cuales no ofrecen ni en su aspecto, ni en sus muebles, ni en sus adornos nada que pueda cautivar por un momento la atención, ni que no pueda adquirir y poseer quien goce de una mediana fortuna pecuniaria. Y sin embargo aquella quinta-palacio ha pertenecido y ofrecido modesto albergue á un negociador diplomático del consulado trino y uno, ascendido mas tarde al alto y poderoso asiento de dos tronos, Nápoles y España. La quinta-palacio de Morfontaine pertenecía á José Napoleón Bonaparte cuando fué encargado por su hermano de negociar la paz con los Estados de la Unión americana, y en sus salones se tuvieron las últimas conferencias y se firmó el tratado de paz y comercio entre las dos repúblicas. El conserje custodio de aquel solitario palacio tuvo muy buen cuidado de repetirnos la relación, que á fuerza de recitarla sabía perfectamente de memoria, de cómo en aquella sala y sobre aquella mesa redonda que en ella había se había firmado un tratado de comercio y amistad entre los plenipotenciarios de los Estados Unidos, y José Bonaparte por parte de la Francia; y de cómo aquel tintero que veíamos entonces seco y lleno de vetusto mohó, y aquella misma pluma, fueron los que sirvieron para poner en limpio las copias duplicadas y firmadas del convenio amistoso y fraternal entre dos naciones poderosas. Ya comprenderéis, amigo querido, que aquello del tintero y pluma histórica lo acogimos con toda la incredulidad posible, á pesar de la formalidad con que lo aseguraba el grave guardador de aquel edificio. No hay inglés que no posea el todo ó parte de la pluma con la que firmó Napoleón la abdicación de Fontainebleau, y sin embargo todavía se enseña ó enseñaba en 1841 la verdadera penola con que el abandonado emperador de los franceses escribió aquella declaración que tanta sangre había costado el arrancar. Recuerdo, aun cuando salga por un momento de mi propósito, que el día que se verificó la traslación á los inválidos de los restos mortales de Napoleón, no había en París habitante alguno, aun cuando se ha-

llase de tránsito, que no poseyese, por lo menos, una hoja del sauce que cobijaba bajo sus caídas ramas el sepulcro de Santa Elena, y todos cuantos las poseían aseguraban con la mejor fé del mundo, que les había sido dada directamente por un marino de la tripulación de la *Belle-Poule*; y ya comprenderéis que si hubiera sido cierto, el sauce en cuestión debería tener unas dimensiones increíbles. Lo mas natural era que toda aquella hojarasca histórica fuera hija de una buena especulación de algún ladino jardinero. En materia de muebles históricos, lo mas prudente es abstenerse de creer... sin criterio. No hay como los franceses para multiplicar, hasta lo infinito, lo que creen es un monumento para su país.

Si nada de notable encierra el palacio y su parterre, el dilatado bosque que le avecina, de cerca de legua y media de estension, el cual forma la mayor parte de aquella propiedad, todavía es menos sorprendente. Dijéronnos que con motivo de la firma del citado tratado de comercio y amistad, José Napoleón, su propietario, había dado allí una fiesta suntuosa y de la cual queda todavía memoria en los anales de Morfontaine; que la casa, el jardín y el bosque habían sido iluminados con profusión de vasos de colores, y de piras de olorosa tea; que el baile nocturno había sido magnífico, habiendo asistido á él todas las ex-reinas del profano directorio, y las jóvenes bellezas que habían de hacer las delicias del olimpo imperial, y que aquella fiesta inauguró las amorosas intrigas de la corte futura (1). Es no obstante cierto que la quinta de Morfontaine llora desde entonces su abandono, y si mientras José Bonaparte no se vio precisado, por complacer á su hermano y un poco á sí mismo, á abrigarse con la púrpura de dos tronos seculares, cuidó de mantener las comodidades de aquella posesión; la ausencia de su propietario, improvisado rey, la dejó caer en un abandono, del que no ha salido desde entonces. Los arbustos que constituyen el bosque, sembrados como el *rari nantes* de Virgilio, sirven de compañeros solitarios á los grandes peñascos que por aquel terreno se encuentran esparcidos. Por qué y con qué objeto, lo ignoro; pero es lo cierto que existen, y que solo sirven ahora de soportar las mil inoportunas reflexiones, máximas, declaraciones, impresiones y nombres de los que se detienen á visitar aquellos sitios. *Tu n'es qu'un sot*, decía una de ellas. ¿Quién era el necio? probablemente el que lo escribí. *Ange de mes amours* se leía en otra grabada en la piedra, y que parecía ser de fecha algo antigua, probablemente de algún amante afortunado la noche del baile. Abundan, sobre todo, las de los ingleses en su lengua nativa, y alguna que otra rusa y alemana. Española no encontramos ninguna, y por no ser nos-

(1) Para los aficionados á saber detalles de los bailes, voy á insertar los que se encuentran descritos en un cronicon que nos mostró el conserje de aquel antiguo sitio imperial.

El lunes 17 de enero de 1802, José Bonaparte, presidente de la comisión encargada de negociar con los ministros plenipotenciarios de los Estados Unidos, el tratado firmado el 9, restableciendo la amistad y el comercio entre ambas naciones, celebró este convenio con una fiesta que dió en su magnífica casa de Morfontaine, situada á ocho leguas de París, á los plenipotenciarios americanos y á Mad. Murray, esposa de uno de ellos. Concurrieron á ella todo cuanto París encerraba de distinguido, ora en el cuerpo diplomático, ora en las carreras militar, judicial y administrativa. Los tres cónsules la honraron también con su presencia. José había convidado también á diferentes personajes distinguidos que se encontraban de asiento ó accidentalmente en la capital, tanto franceses como extranjeros, de los cuales unos se habían refugiado en América durante la época del terror, y otros, como Lafayette, habían contribuido poderosamente á fundar la independencia de aquel país, y cuya presencia podía recordar á los enviados hechos grandes y generosos.

A las seis de la tarde, Mr. de Talleyrand, ministro de relaciones exteriores, presentó al primer cónsul el tratado firmado el 9, disparándose acto continuo doce cañonazos para celebrar aquel fausto acontecimiento. Sirvióse en seguida una opípara comida de doscientos cubiertos, divididos en tres mesas, colocadas en los tres salones contiguos, adornadas todas con emblemas análogos á la fiesta. La inscripción que llevaba el primero era *Sala de la Unión*; la segunda, *Sala de Washington*, y la tercera, *Sala de Franklin*. Todas tres estaban sembradas de flores, adornos, y candelabros con una cantidad inmensa de bujías.

En el salon de la Unión se veían muchos escudos colocados sobre estandartes cruzados, puestos á simétrica distancela. Los dibujos, cifras é inscripciones recordaban épocas memorables para los Estados Unidos, ó los sitios que fueron testigos del valor americano. En uno se leía *Lexington*; en otro *4 de julio de 1776, independencia americana*, y en otro *Hannock*.

Sobre un grande escudo se veían dos haces de banderas unidas, y las iniciales F. A., Francia y América. Una de las banderas llevaba la inscripción siguiente: *Warceu*. Otra, *Al 9 vendimiaro* (fecha de la firma del tratado). Mas lejos se leía en otro, *Putnam*. Un gran cuadro representaba la ciudad, cabeza del gobierno federal, y en un estandarte se leía, *Trenton*. Frente de los ministros americanos se veía otro gran cuadro, en cuyo fondo se veía el mar, á la derecha Filadelfia, y á la izquierda Brest y el Havre, coronado todo por la figura alegórica de la Paz, llevando en la mano un ramo de laurel, que parecía dirigir desde Francia á América.

En la sala de Washington se encontraba el busto del libertador de las colonias anglo-americanas, coronado de laurel, y colocado sobre un alto pedestal. En el de Franklin se veía igualmente el busto de este hábil negociador. A su frente se notaba un gran cuadro representando un conductor eléctrico ó para-rayos.

Durante la comida, varias músicas tocaron las piezas de las óperas mas en boga. A los postres, el primer cónsul Napoleón Bonaparte pronunció el siguiente brindis: *A los manes de los franceses y americanos muertos en el campo de batalla por la independencia del Nuevo Mundo*. El cónsul Cambaceres dijo otro: *Al sucesor de Washington*; y el tercer cónsul, Lebrun, *A la unión de América con las naciones de Europa, para hacer respetar la libertad de los mares*. Los plenipotenciarios americanos respondieron con otros, profundamente conmovidos, espresándose con tanto calor como les permitía la poca familiaridad que tenían con el idioma francés.

Concluido el banquete se disparó un castillo de fuegos artificiales, colocado en medio del estanque que mira al palacio. Sobre el puente que á él conduce se había elevado un magnífico obelisco, á cuyo pie se veían dos figuras alegóricas representando la Francia y los Estados Unidos jurando paz y unión sobre el altar de la libertad. Al concluirse el disparo apareció una pequeña flotilla con las banderas de las dos naciones aliadas.

Después de los fuegos empezó el concierto y la comedia, desempeñados ambos por los principales actores de los teatros de la República y de las Artes. En los intermedios se cantaron algunas copias alusivas á las circunstancias.

La función concluyó con el baile, que fué en extremo brillante y magnífico, habiendo mas de quinientos convidados: Josefina Bonaparte bailó con Mr. Elsworth, el mas joven de los plenipotenciarios de los Estados Unidos; José Bonaparte con Mad. Murray; el embajador español con Hortensia Beauharnais, y Mr. de Talleyrand con Mad. de Recamier. La fiesta duró hasta el amanecer; pero Napoleón y Josefina regresaron á París á la una de la madrugada, entrando en las Tullerías á las tres de la misma.

en mano. El animal se encabritó, onduló su cuerpo como para evitar el combate, después se sostuvo sobre sus patas traseras y esperó el ataque. Su aliento envenenado llegaba hasta mí y me ocasionaba náuseas. Iba ya á descargar la pistola, cuando la hiena se arrojó, y la herí en medio de su salto.
—Muerta? me preguntó la joven salvaje.
—Muerta.



Aventuras de Carnage.

—Llévemosla.

Y Kaikæ se acercó á ella para agarrarla por la cola, cuando el villano é hipócrita animal hizo el último esfuerzo, alargó el cuello, abrió la boca, y mordió á mi compañera encima del pié. Al punto le deshice la cabeza á culatazos y me apresuré á vendar con un pedazo de mi camisa la herida de la joven.
—Esto no vale nada, dijo ella sonriéndose y mirándome con dulzura.

—Pero puede ser mucho, repliqué.

—No, blanco mío, no es nada.

El ruido del pistoletazo había perturbado á la colonia errante; pronto vimos correr á varios hombres de la tribu de Kaikæ, que moderaron su carrera al vernos en tan buena inteligencia: al reunirse con nosotros, nos dijeron que habían

visto á lo lejos la caravana de Dehabé, el novio belicoso, de quien contaban tantas maravillas.

Entre aquellos seres tan alejados de la civilización estallaron ardorosos trasportes de alegría, apenas se reconocieron y llegaron á entenderse. Dehabé sin embargo pareció extrañar mi presencia, y dirigiéndome una furiosa mirada, se preparaba tal vez á cometer conmigo algun exceso, cuando Kaikæ se acercó á él y le dijo algunas palabras al oído: su espresiva pantomima me dió á entender que refería la muerte de la hiena. Dehabé se aproximó á mí, puso sus manos en mis hombros, tocó tres veces su frente con la mía, y me ofreció una hermosa guma de combate. No me hice de rogar, pero no queriendo mostrarme menos generoso que él, me quité el chaleco y se lo entregué, ejecutando antes la misma maniobra que había precedido á su regalo.

Nos sentamos y se habló mucho. Media hora después, durante la cual echaron un velo sobre el rostro y los hombros de Kaikæ, el fogoso amante se levantó de un salto, como el chacal, se acercó á su novia, le arrancó el velo y se sentó á su lado, para pronunciar ciertas palabras, formadas de una sola sílaba, y que salían de su boca como si fueran notas musicales.

La comitiva de Dehabé se componía de cien hombres, que temblaban á una palabra ó un gesto del temible jefe. Dió un grito, y una docena, entre negros y negras, se adelantaron á depositar á los piés de la novia frutas en abundancia: en seguida se quitó el cinturón, sacó una caja de ébano, y de ella una docena de perlas hermosísimas y de grandes dimensiones. Kaikæ las aceptó sonriéndose, y el dichoso guerrero, cuyo lecho acababan de preparar, se acostó sobre magníficas pieles de león y de tigre, con la cabeza apoyada sobre las rodillas de su amiga.

Antes de entregarme al descanso, pude examinar la musculatura de aquel hombre extraordinario, que ha dejado tantos recuerdos en los establecimientos ingleses. Era de estatura mas que regular; sus erizadas pasas invadían una frente deprimida; su pecho aparecía cuadrado y sus hombros fornidos; su boca era desmesuradamente grande y su nariz en extremo aplastada. Nacido en el desierto, poseía todo lo que este presenta de lúgubre y de fatal; fuera de los momentos en que sus deberes le imponían el uso de la palabra, era de una taciturnidad verdaderamente espantosa para cualquiera que fijaba sus miradas en aquella fisonomía escepcional, en un país en que todo se armoniza, tanto con su riqueza como en su miseria.

Kaikæ vió con sentimiento que yo retrataba á su prometido, pues temía que si Dehabé llegaba á saberlo, podría suponer que me proponía dar las señas de su persona á sus enemigos los blancos: así fué que me rogó por medio de gestos que ocultase el dibujo.

Antes de acostarme sobre una manta de lana, que nadie ocupaba, quise estrechar la mano á mi joven compañera; aquella mano abrasaba.

—¿Qué tienes? le pregunté.

—Nada.

—No te entiendo.

—Temo perderlo todo en un instante.

—¿Por qué?

—Se me va la cabeza.

—De alegría... ¿No es cierto, Kaikæ?

—No, de fiebre. Vete á dormir, y cuando despiertes, ven á darme los buenos días.

No bien recliné la cabeza en la desocupada manta, cuando sentí unos movimientos ondulados que me estremecieron. Me senté y miré con mas atención hácia la cabecera. ¡Cuál fué mi sorpresa al ver salir de los pliegues de la manta una monstruosa cabeza de boa!

Aquella serpiente estaba domesticada; levantose un negro, la cogió por el cuello con violencia, y después de varias palabras amenazadoras y de un silbido agudo, el mónstruo se enroscó de nuevo en el tibio lecho que le habían dispuesto.

La luna llena había reemplazado al sol; la brisa era fresca, y toda la naturaleza estaba silenciosa: la tierra sin embargo hacia oír, por intervalos, un sordo ruido, que revelaba la intensidad del calor durante el día.

El sonido del tambor despertó á las caravanas: aquella era la señal convenida para la ceremonia nupcial. Dehabé se presentó orgulloso, como si fuese á entrar en combate; Kaikæ se colocó á su lado, al paso que los dos pueblos rodeaban á los desposados.

Dehabé adornó la cabeza y los hombros de su novia con pedazos de marfil sujetos en alambres, y le dibujó groseramente, con un palo afilado, varias figuras en las piernas y en las espaldas. Todos los miembros de Kaikæ se estremecían, y Dehabé le preguntó la causa con inquietud. La joven lanzó de pronto un grito tristísimo, estendió los brazos, dió una vuelta y cayó en tierra.

Acudí al punto... estaba inmóvil. Era una barra de hierro, á la cual ningún poder humano podía dar elasticidad. Sus ojos estaban abiertos y fuera de sus órbitas su lengua espesa y lívida, y de sus poros se desprendía una sangre negra y viciada.

La hiena había cumplido su misión; su veneno se había infiltrado en las

arterias de aquella infeliz joven, y un hoyo cubierto de ramas reemplazó al lecho nupcial.

Desesperado Dehabé se marchó al amanecer, y los periódicos de Londres dieron cuenta, poco tiempo después, de una horrible carnicería, ordenada por el feroz dominador de aquellas comarcas.

Hombres, mugeres y niños desfilaron silenciosos delante



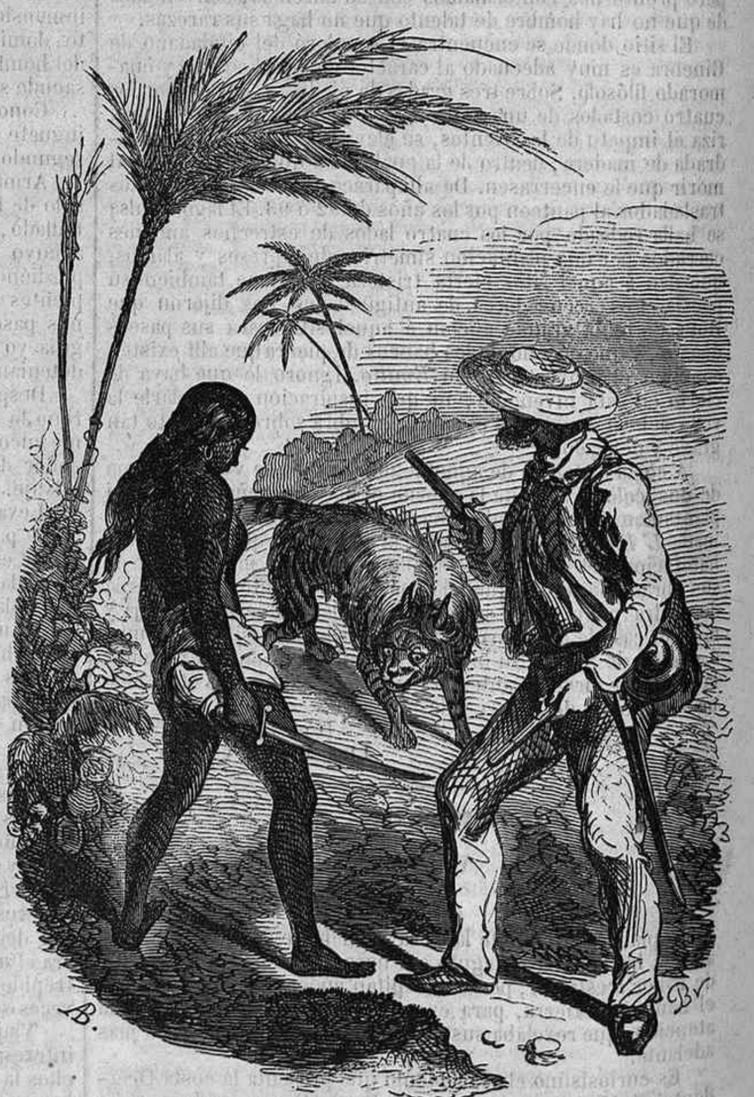
Aventuras de Carnage.

de los helados restos de la joven negra. Un canto monótono acompañaba la marcha, y todos doblaban la rodilla al llegar á los piés de la víctima: cuando se acercaban á la cabeza, se inclinaban y tocaban tres veces con sus frentes la de la muerta.

Las dos caravanas abrieron el hoyo, que tenía cinco piés de profundidad. Antes de que se depositase en él el cadáver, todos echaron su ofrenda en testimonio de su dolor: en seguida envolvieron á la desgraciada Kaikæ en las telas de su esposo, y la bajaron devotamente á su última morada por una pendiente suave, practicada en los dos extremos de la fosa. Por lo demás, ni una lágrima, ni una palabra, ni una impresión. Era aquella una amargura, que cada cual quería conservar para sí solo; un tormento, cuyo recuerdo deseaban todos inmortalizar en sus corazones. (Continuará.)



El desierto.



El desierto.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.